

En la isla de Tenerife permaneció bastante tiempo Thelismar. Lo primero que hizo fué ir á ver el delicioso distrito situado entre Rotava y Realejo ¹. En este sitio se hallan reunidas las producciones mas agradables, majestuosas y útiles que la naturaleza ha podido formar. Por una parte se ven altas montañas continuamente verdes; por otra fértiles praderas y dilatados campos de cañas dulces; mas allá, peñascos de los cuales se precipitan arroyos de agua cristalina; y por otra se descubren viñas y bosques, cuyos árboles siempre están cubiertos de hojas. No podian Thelismar y Alfonso apartarse de sitios tan deliciosos. Un dia entero se estuvieron en ellos, unas veces paseándose, y otras sentados á la sombra de los plátanos leyendo algunos pasos de las Metamorfosis de Ovidio, ó algunos versos del Camoens. Llena la imaginacion de Alfonso con las ideas que le sugerian estas lecturas, quiso ántes de apartarse de allí escribir sobre la corteza de un árbol cuatro versos que acababa de componer. Se acerca á un árbol robusto, bastante parecido al pino, y sacando su navaja quiere escribir sobre la corteza. Pero luego que la punta hubo penetrado algun tanto, advierte que sale sangre por la abertura ². Casi estuvo para creer que habia herido á alguna ninfa trasformada; se retira amedrentado, y arroja al suelo el cuchillo sangriento. Al verle Thelismar se sonrie y le aquieta, asegurándole que aquel supuesto prodigio nada tiene de siniestro ó extraordinario. Algunos dias estuvieron en Laguna, hermosa y grande ciudad, cuyas casas tienen por lo comun grandes jardines y alamedas

Isla de Hierro, Lanzarote y Fuerteventura. El primer descubrimiento de ellas causó grandes disputas entre los españoles y portugueses, que pretendian atribuirse exclusivamente este honor. Pero lo cierto es que los españoles ayudados de los ingleses fueron sus primeros conquistadores. Ademas de estas siete islas ya nombradas hay otras seis mas pequeñas al rededor de la de Lanzarote. Los antiguos conocian las islas Canárias, y las llamaban las *islas Afortunadas*.

¹ Dos ciudades de esta isla. *Laguna* es la capital: está situada á las orillas de un lago, del cual ha tomado su nombre. Los españoles en el tiempo de la conquista, por los años de 1417, llamaron á sus islenos *Guanches*. Casi todos los habitantes de la ciudad de Guimar en dicha isla son descendientes de aquellos antiguos *Guanches*.

² Este árbol se llama vulgarmente *árbol dragon*: es un árbol grande, del cual distinguen los Botanistas cuatro especies; se cria en las islas Canárias, y es parecido, visto de léjos, al pino: su fruta es redonda, del tamaño de un guisante gordo, amarilla, y un poco ácida. Su tronco, que es áspero, se abre en diversos parajes, y vierte en la canícula un licor que parece sangre, y que se condensa en forma de una lágrima colorada, blanda al principio, y despues seca y fácil de reducirse en polvo. Este jugo es la verdadera y natural *sangre de dragon* de las boticas, y su uso muy frecuente en la medicina. Luego que se hace una incision en el tronco ó en las ramas de este árbol empieza á gotear este licor.

de naranjos y limones: sus fuentes, sus jardines, sus bosques, su lago, su acueducto, y la suavidad de los vientos que templan lo caluroso del clima, hacen que sea una morada deliciosa.

Otras várias ciudades visitaron despues de esta; y finalmente llegaron á Guimar, cuyos moradores son casi todos descendientes de los antiguos Guanches, primeros habitantes de la isla. Los descendientes de aquel pueblo salvaje, no obstante que han renunciado á la idolatria, conservan las costumbres agrestes, y gran parte de los usos de sus mayores.

Un dia que Alfonso se paseaba solo por las inmediaciones de Guimar, sus continuas cabilaciones le condujeron á un bosque poco frecuentado, en el cual se perdió. Queriendo volver al camino se metió en lo mas intrincado del bosque, del cual salió no sin mucho trabajo, y se halló en una especie de desierto despojado de árboles y de yerba, que solo ofrecia á la vista una gran llanura árida, cubierta de piedras, y al fin de ella una alta montaña. Al verse Alfonso en aquel sitio se acordó suspirando de que Thelismar le habia encargado repetidas veces que no se pasease nunca sin guia; pero venia ya tarde este recuerdo. Entre tanto se iba acercando la noche; sigue caminando algun tiempo, pero al fin rendido del cansancio se pára sobre una eminencia rodeada de zarzales y de gruesas piedras mal colocadas las unas sobre las otras. Al sentarse sobre una de ellas descompone el equilibrio de las demas, que caen rodando con mucho estrépito. Huye á la otra parte por evitar que le hiriesen; pero al volver á miraras repara que su caída ha dejado patente un agujero bastante capaz para entrar por él un hombre, se acerca mas, y mirando hácia abajo distingue admirado unos escalones. Movido entónces de su mucha curiosidad entra en la gruta, y baja una escalera muy pendiente: á lo último de ella levanta la cabeza, y ya no ve luz. Determina volverse, pero mirando hácia lo último de la gruta, advierte distintamente una luz muy á lo léjos. Esto le determina á concluir una empresa que le ofrece algun suceso extraordinario, y prosigue su camino. Atraviesa un largo corredor muy oscuro, y al salir de él se halla en una espaciosa caverna alumbrada con várias lámparas colgadas de sus bóvedas. Tiende Alfonso la vista por todas partes, y se encuentra en medio de mas de doscientos cadáveres colocados en pié contra las paredes de aquel lúgubre subterráneo.

¡Á qué funesto sitio me ha conducido mi imprudencia, exclama el infeliz Alfonso! Esta cueva, semejante á la de Polifemo, es sin duda alguna el asilo de algun bandido inhumano; estos muertos son, no hay que dudar, las víctimas de la crueldad horrible de este monstruo... pero pues no he tenido la prudencia de Ulises, tendré á lo ménos su valor. Diciendo esto desenvaina su espada, y se prepara á vender su vida á buen precio. No quiso tentar la huída por temor de ser sorprendido en el callejon estrecho y oscuro, única salida que él conocia; juzgó que le sería mas fácil defenderse en la cueva, fuera de que creyó fijamente que los asesinos habrian ya cerrado la entrada. Entre tanto reinaba siempre un silencio profundísimo. Tuvo Alfonso sobrado tiempo para considerar despacio los tristes y raros objetos que le rodeaban. Advirtió que ninguno de aquellos cadáveres daba indicios de corrupcion, que no despedia mal olor, y que todos habian conservado la piel y las facciones. Loco se volvia Alfonso cabilando sobre todo esto, cuando creyó oír pasos: aplica el oído con mucha atencion, y al instante distingue varias voces que hablaban en una lengua que él no conocia.

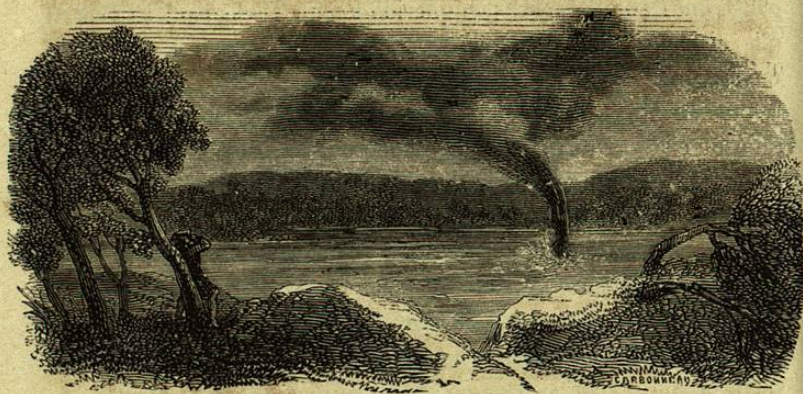
No queriendo Alfonso comenzar el combate, caso que no tuviesen intencion de ofenderle, va á colocarse entre dos cadáveres, esconde su espada, é imita el silencio de sus dos colaterales. Á breve rato ve entrar en la cueva doce hombres vestidos de un modo muy raro que se le iban acercando dos á dos; su porte grave y pacífico no le anuncian ninguna intencion dañada; pero al punto que ven á Alfonso prorrumpen en espantosos gritos; el furor y la indignacion se pintan sobre sus rostros: se hacen todos á un tiempo á una parte de la gruta, y sacando cada uno un puñal, embisten todos de golpe á Alfonso, que con su espada los recibe con valor. El combate fué largo y sangriento; pero la industria y valor de Alfonso triunfaron por fin de la fuerza, y aunque solo contra doce hombres furiosos, quedó por suyo el campo de batalla. Recibió dos heridas, pero costaron la vida á la mayor parte de sus contrarios, y los demas atemorizados huyeron precipitadamente. Luego que se vió solo en la cueva pensó en curar sus heridas, lo que hizo rasgando su pañuelo, y atándolo sobre ellas con sus ligas: despues cortó con la espada la correa de que estaba pendiente una de las lámparas, y salió con ella sin detenerse un punto: atravesó corriendo la galería oscura, llegó á la escalera, la subió aceleradamente, y hallando franca la

puerta, se arroja con ánsia fuera de aquella horrorosa sima. Al verse en el campo creyó que salia del infierno, y que empezaba á vivir de nuevo. Viendo los cielos y respirando un aire puro, exclama: ¡Oh padre mio! ¡oh Dalinda! ¡oh querido amigo Thelismar! ya espero que disfrutaré de la dicha de veros. Solamente vosotros hacéis que me sea preciosa la vida...

Cuando Alfonso entró en la cueva iba anocheciendo; y cuando salió de ella era média noche. Guiado por el resplandor de la luna y de las estrellas se apartó de aquel funesto sitio, y despues de haber andado perdido mas de tres horas, llegó al romper del dia á las márgenes de una laguna toda rodeada de árboles. Atormentado de una sed ardiente, la vista del agua pura y clara le hizo recobrar sus fuerzas y valor: mitigó su sed con ella, y comió algunas frutas silvestres; pero se sintió tan débil y cansado, que no le fué posible volver á emprender su camino, y así se tendió sobre la yerba enfrente de una montaña cubierta de ellas, y sembrada de árboles por una y otra parte. Habria tres cuartos de hora poco mas ó ménos que descansaba en aquel sitio solitario, cuando el cielo empezó á cubrirse de nubes: al instante mismo se levanta un viento recio, y empieza á lloviznar: de allí á poco cesa la lluvia, pero sigue el viento con mas furia. Procura Alfonso levantarse, y extendiendo la vista hácia la montaña advierte una extraordinaria novedad: ve que de lo mas alto de ella se va levantando una enorme columna de color de oro en su basa, y todo lo demas de un hermoso color de violeta; esta columna se desprende impetuosamente de lo alto, rompiendo y destrozando cuantos árboles encuentra en su camino; arranca los matorrales, destroza hojas, plantas y troncos, y luego que llega á lo bajo de la montaña pasa sobre un barranco, y lo deja lleno de piedras y de tierra; abre por todas partes profundos surcos en el suelo, y en su rápida y horrorosa carrera hace un ruido semejante á los bramidos de un toro. Diríjese hácia la laguna, y al atravesarla se sorbe toda el agua, y la deja enteramente seca: camina despues hácia el Norte, desaparece y se pierde en un monte inmediato.

Á este espantoso fenómeno se siguió un pedrisco horroroso: los granizos de un tamaño formidable tenian la figura de una estrella, cuyos rayos eran largos pedazos de hielo muy parecidos á la hoja buida de un puñal. Alfonso se acogió bajo de un árbol; procuraba guarecerse la caleza con el sombrero, teniéndole levantado á al-

guna distancia sobre ella; con todo recibió varias heridas en las manos.



En fin cesó la tempestad y el peñisisco; de allí á poco volvió á quedarse el cielo claro y sin nubes, y Alfonso lleno de espanto y de temor, herido, aporreado, muerto de hambre y de cansancio, prosiguió su camino tristemente. Al cabo de un cuarto de hora descubre, con una alegría inexplicable, una casa: el deseo de llegar á ella le hizo recobrar parte de sus fuerzas ya exhaustas. La casa era de un español que le recibió con mucha humanidad. Alfonso le dió á entender que le habian acometido unos salteadores, y el español le dijo que no estaba mas que dos leguas y média de Guimar.

No estaba Alfonso en estado de poder ir á la ciudad á pié, por lo cual resolvió descansar algunas horas; pero ántes de toda otra cosa escribió una esquela á Thelismar, y el español se encargó de hacérsela entregar. Hecho esto, aceptando las ofertas de su compasivo huésped, tomó un poco de alimento, dejó que le curasen las heridas, y se acostó en una buena cama que se le habia preparado. Despues de haber dormido tres ó cuatro horas se levanta y viste aprisa, y saliendo de su cuarto, la primera persona con quien encuentra es con Thelismar: al punto corre á abrazarle, y Thelismar le recibe con una ternura que acabó de colmarle de gozo. Iba á comenzar la historia de sus aventuras, cuando Thelismar interrumpiéndole le dijo: No pensemos en otra cosa mas que en su salud de Vd.: mi coche nos está esperando; vamos á despedirnos del gene-

roso español que le ha hospedado á Vd., y volvamos á Guimar. Á esta sazón llegó el español seguido del hombre á quien habia encargado la carta de Alfonso para Thelismar: este propio se volvia con la carta, diciendo que al punto que él habia llegado á Guimar, Thelismar acababa de salir de la ciudad. ¿Pues cómo ha podido Vd., dijo Alfonso á Thelismar, saber que yo estaba aquí sin haber recibido mi carta? — Ya lo sabrá Vd. todo, pero ahora aprovechemos lo que queda de día, y marchemos.

Entónces Alfonso, dirigiéndose á su huésped, y manifestándole todo su agradecimiento, entró en el coche con Thelismar, y tomaron el camino de Guimar. En todo el tiempo que tardaron en llegar á la ciudad no le permitió hablar Thelismar, y luego que llegaron le obligó á que se acostase. Durmió Alfonso doce horas seguidas, al cabo de las cuales despertó enteramente bueno. Entónces Thelismar le dijo que le contase sus aventuras. Ántes de empezar Alfonso esta narracion le previno que lo que iba á contarle era tan extraordinario y maravilloso que se temia le habia de acusar de exageracion; pero á pesar de esta prevencion Thelismar escuchó toda la historia de la cueva sin manifestar la mas minima admiracion, cosa que excitó la de Alfonso, y no pudo ménos de manifestársela.

Querido Alfonso, dijo Thelismar, si Vd. no fuese tan atolondrado y vano, no se hubiera Vd. visto en tan gran riesgo, y todo lo que ahora le confunde dejaria de admirarle. — Bien comprendo que con mas prudencia hubiera seguido sus consejos de Vd., y que por consiguiente no me hubiera ido á pasear sin guia en un país no conocido; ¿pero cómo es posible que mi vanidad pueda contribuir á aumentar la extrañeza que me causa este suceso? — Sin ella, repito, no hubiera Vd. corrido riesgo alguno. En cuantas partes hemos estado no le he visto á Vd. ocupado hasta ahora mas que en una sola idea, que es la de aparentar mucha instruccion, y dejar á todos admirados con la narracion de las cosas singulares que ha visto. En nuestros viajes hemos encontrado varias personas de mucho mérito, entree llas buenos maquinistas, geómetras, botánicos y astrónomos: á todos les ha hablado Vd. mucho sin permitirles que hablasen ni un solo instante. Lo primero que hace Vd. cuando llega á alguna parte y puede hacerse escuchar de alguno, es guardarse de hacerle preguntas, ántes bien se da prisa en instruirle de cuanto sabe. Esta especie de locura causa muy mala opinion de su juicio, y le

quita todo el fruto que podia sacar de nuestros viajes. Si desde que hemos llegado aquí, por ejemplo, en vez de entretenerse contando cuanto nos ha sucedido en las islas Terceras, hubiese Vd. hecho algunas preguntas acerca de su terreno y de sus antiguos habitantes, sabría que esa cueva no tiene nada de maravilloso, y que no podia entrar en ella sino con gran riesgo de perder la vida... — ¿Pues cómo?... — Esa cueva es una de las grutas sepulcrales de los Guanches, que todas están dispersas en los lugares incultos y desiertos; ellos solos saben donde están, y ocultan cuidadosamente sus entradas. Van á ellas con mucho secreto, y si encontrasen algun extranjero le tendrian por sacrilego y por víctima destinada á la muerte, y guiados de una bárbara supersticion, se creerian obligados á quitarle la vida'. — Á lo ménos, dijo Alfonso algo picado, debo á mi mala cabeza ó á mi ignorancia la ventaja de haber visto esas cuevas tan curiosas... — Yo no he tenido que pelear, interrumpió Thelismar; no he padecido ni la sed, ni la hambre, ni las intemperies del cielo, y finalmente no he causado á mis amigos las crueles inquietudes que Vd. á mí, y tambien he entrado en una cueva de Guanches... — ¿Pues cómo ha podido Vd. hacerlo?... — Yo sabia que habia estas cuevas, y tenia grandísimos deseos de ver una. Para conseguirlo, trabé amistad con un Guanche, le he servido en varias cosas, y al fin le he determinado á que me llevase secretamente á una de ellas. No hallando Alfonso qué decir contra estas razones de Thelismar, bajó los ojos, y calló.

De allí á poco prosiguió diciendo : Á lo ménos creo que lo que me resta que decirle á Vd. le hará alguna novedad. Despues de haber salido de la cueva anduve bastante tiempo sin saber adónde iba; ya por fin llegué á una laguna... — No diga Vd. mas, porque sé cuanto va á decirme... — ¿Cómo es posible, si yo estaba solo, y á

¹ Edens, viajante inglés, refiere que habiéndole proporcionado su profesion de médico ocasiones de hacer considerables servicios á los habitantes de las islas Canarias, obtuvo de ellos la libertad de visitar sus cuevas sepulcrales, favor que conceden á muy pocos, y que no se puede lograr á pesar de ellos sin exponer la vida á los mayores peligros.

Tienen en suma veneracion á los cuerpos de sus antepasados, y la curiosidad de los extranjeros es reputada entre ellos como una profanacion. Estas cuevas son sitios antiguamente cavados en las peñas ó formados naturalmente. Están los cuerpos cosidos en pellejos de cabras con correas de lo mismo, y las costuras tan iguales y tan lisas, que no se puede admirar demasiado el arte; pero lo que causa aun mas extrañeza, es que todos los cuerpos están casi enteros. Se halla igualmente en los de ambos sexos los ojos pero cerrados). los cabellos, las orejas, la nariz, los labios, los dientes, la barba, etc.

nadie he dicho palabra?... — Despues de haber bebido agua cogió Vd. algunas frutas silvestres : luego se tendió sobre la yerba. De allí á poco se levantó una terrible tormenta... — ¡Válgame Dios! ¿De qué arte ó encanto se ha valido Vd. para saberlo? — De lo alto de la montaña bajó una columna; al pasar sobre la laguna la dejó seca, y... — ¡Qué oigo! explíqueme Vd. por Dios este nuevo prodigio. — En tanto que todo esto estaba sucediendo yo le veía á Vd... — ¿Pero adónde se hallaba Vd. entónces? — Aquí, en el terrado de casa... — Pero desde aquí adonde yo estaba hay cerca de tres leguas .. — Es muy cierto; pero á pesar de esa distancia, vuelvo á decir que le estaba á Vd. viendo... — Ya no puedo dudar, oh Thelismar, de que es Vd. mas que hombre natural... — Crea Vd., querido Alfonso, que no soy sino un hombre muy comun. — Explíqueme Vd., pues, este extraño enigma. — No me es posible hacerlo en un dia. Fácil me fuera hacerle á Vd. saber en un instante algunos nombres, é instruirle de varios efectos, pero esto sería tratarle como á un niño. ¿Desea Vd. conocer las causas y adquirir una instruccion fundamental? — Sí, señor, con tal que sea una instruccion capaz de hacerme comprender todo lo que Vd. hace. — Pues bien, yo le daré á Vd. libros, y despues que los haya leído con reflexion hablaremos, y principiaré á manifestarle los misterios que tanta admiracion le causan. — Déme Vd. prontamente esos libros preciosos, que yo le prometo leerlos con el mayor cuidado... desde ahora renuncio á toda otra clase de lectura. — No pretendo tanto; ántes al contrario : Vd. es aficionado á la poesia, no deje, pues, de leer versos, pero que sean escogidos; en vez de leer novelas, lea Vd. libros morales; dedique cada dia una parte de él á la lectura de los libros que le voy á dar; reflexione mas, hable ménos, y escuche mucho : no le pido á Vd. mas que esto.

Inmediatamente condujo Thelismar á Alfonso á su estudio, y dándole una docena de libros, le dijo : Cuando haya Vd. leído estas obras, le comunicaré un tesoro que acabará de instruirle perfectamente : vea Vd. ese cofrecito, en él se halla el precio que pretendo dar á la tarea que le impongo... — ¡Ah! dijo Alfonso, ¿no debo esperar nunca otro premio?... Al decir esto se detuvo, se le encendió el color y los ojos se le arrasaron en lágrimas. Alfonso, replicó Thelismar, yo le quiero á Vd. y le estimo; no pretendo ocultárselo ; pero para obtener el precio á que Vd. aspira es preciso que se haga

digno de merecer todo mi afecto y confianza. ¡Oh padre mio, exclamó Alfonso arrojándose á los piés de Thelismar, padre amado!... permítame Vd. darle este dulce nombre : espérelo Vd. todo de mi amor. Sí, yo conseguiré esa preciosa confianza, ese afecto, sin el cual no podría vivir... ¿Dígame Vd. qué he de hacer para conseguirlo? — Corregirse de mil defectos, y sobre todo de la ridícula vanidad de que está poseido, salir de la ignorancia en que se halla, y adquirir conocimientos sólidos. — Todo me sera fácil... — Ya ha visto Vd. que le he hecho conocer que he leído su corazón : apruebo sus esperanzas; pero me ha de prometer que nunca me hablará del sentimiento interior que le ocupa... — ¡Oh cielos! ¿ni del objeto? — Nunca ha de pronunciar Vd. su nombre... — ¡Qué sentencia tan cruel! — No obstante se ha de sujetar Vd. á ella, considerando que si quiere conseguir mi estimacion ha de empezar haciéndome ver que tiene algun dominio sobre sus pasiones. — Pues bien; yo me sujeto con gusto á todo; ¿pero si Vd. me hablase de ella? — Entónces podrá Vd. responder : fuera de esto, nunca diga Vd. delante de mí palabra alguna que pueda tener relacion... — Obedeceré á Vd. puntualmente. Á lo ménos no me prohíbe Vd. que piense en ella. — No, una vez que otra podrá Vd. hacerlo... — ¡Una vez que otra!... ¡Ah, en cada instante de mi vida!... — ¿Pues qué, ya se vuelve Vd. atras? — ¿Cómo? — ¿No acaba Vd. de prometerme que estudiará con aplicacion y actividad? — Sin duda. — ¿Pues cómo ha de ser esto si piensa Vd. continuamente en Dalinda? — ¡Dalinda!... Gracias á Dios que no soy yo quien ha pronunciado su nombre... — Alfonso... — ¡Ah! perdone Vd. que no me acordaba. — ¿Con que se obliga Vd. á apartar á Dalinda de su imaginacion siempre que lea ó que hablemos? — ¿No hablar ni pensar en ella, cómo he de poder cumplirlo? — Valiéndose de la razon no hay nada imposible al hombre. — ¡Pero este esfuerzo será tan penoso, tan cruel!... — ¿Con que no quiere Vd. prometérmelo? — No quiera Dios que yo piense así; mi sumision para con Vd. no tiene límites. No hay cosa que Vd. pueda mandarme en que yo deje de obedecerle.

En este paso concluyó la Marquesa su velada, y se separó de sus hijos, que en toda la noche no dejaron de soñar con *columnas ambulantes*, y *cuevas encantadas*. Creyeron al dia siguiente que su madre habia agotado en la última velada todo lo que habia podido

encontrar de mas extraño y maravilloso; pero ella les aseguró que cuanto habian oido hasta entónces era nada en comparacion de lo que les quedaba por oir, porque habia dejado para el fin las cosas mas admirables. Esta noticia acrecentó en gran manera la curiosidad de los niños, á la cual satisfizo su madre aquella noche prosiguiendo su cuento en estos términos :

Á pesar de la ley que le habia impuesto Thelismar, se contemplaba Alfonso el mas feliz de los hombres, veia su pasion aprobada por el padre mismo de Dalinda. Ya en fin podía entregarse al deleite de una esperanza bien fundada, y no le faltaba para ser del todo feliz sino una carta de don Ramiro que le asegurase el perdon que habia implorado.

Antes de salir Thelismar de las islas Canárias quiso ver el famoso Pico de Tenerife¹. Despues se embarcó para Cabo Verde. Durante la navegacion siguió Alfonso con mucho ardor el nuevo plan de estudio que Thelismar le habia señalado, pero le costaba mucho trabajo reprimir el desco que continuamente le agitaba de hablar de su pasion. El temor de disgustar á Thelismar le detenia; sin embargo, de cuando en cuando soltaba algunas frases indirectas, y Thelismar hacia como que no entendia su verdadero sentido.

Finalmente, no pudiendo Alfonso tolerar mas tiempo esta sujecion, halló para librarse de ella un medio que le pareció exquisito. Guardaba siempre como un precioso tesoro el ceñidor de Dalinda : imaginó volvérselo á Thelismar, y aunque este sacrificio le era muy penoso, fácilmente se determinó á hacerlo, considerando que tendria el gusto de hablar de su amor y de Dalinda, y que Thelismar, que no veria en este procedimiento mas que una delicadeza estimable, quizás no querria tomarlo. Ocupado en esta idea, entra una mañana en el cuarto de Thelismar, y muy satisfecho le dice : Vengo á hacer una confesion que me costará un grande sacrificio. — ¿De qué se trata? — Es preciso primeramente que me permita Vd. hablar de ella... no lo deseo sino para acusarme y enmendar mi yerro. — Concedido : explíquese Vd. ya... Sin embargo apostaria que el

¹ Pico de Tenerife, por otro nombre montaña de *Teyde* ó de *Theyte*. Esta montaña, cuya figura se semeja á la de un pan de azúcar de Holanda, se levanta en medio de la isla de Tenerife. Su elevacion es tan prodigiosa que tiene mas de quince leguas de camino. No obstante se dice que el monte llamado *Chimborazo*, que hace parte de la cordillera de los Andes en el Perú, tiene aun mucha mas elevacion.

delito no es muy grave. — Á mí á lo ménos me lo parece... El sentimiento mas vivo, el mas tierno, un sentimiento que debe decidir para siempre de mi suerte... — Al caso ; ¿qué tiene Vd. que decirme? — ¡Ya sabe Vd. con qué extremo amo á Dalinda! — Alfonso, ese preámbulo no me gusta. — Pero es preciso. — No hay tal cosa, no se trata sino de confesarme una falta. — Pues bien : el dia que vi á Dalinda la primera vez, aquel dia en que empecé á vivir... despues que se ausentaron Vds., enajenado, oprimido del dolor, andaba sin saber por dónde como un demente buscando en vano las pisadas de Dalinda ; en fin arrastrado de un secreto encanto, me volví atras acercándome á la Fuente del Amor... la casualidad... ó mas bien la divinidad de la fuente compadecida de mi pena hizo que cayese en mis manos la prenda mas preciosa, la mas... — Seria el ceñidor de Dalinda, porque ahora me acuerdo que despues le echó de ménos. — Esta es, replicó Alfonso con afectacion, sacándola de su faltriquera, esta es la prenda, único consuelo de un amante desdichado ; estaba en mi poder sin el consentimiento de Vd. ; no me creo digno de poderla conservar. Un escrúpulo bien fundado me obliga á sacrificársela á Vd. — Y es muy bien hecho, replicó Thelismar ; démele Vd., añadió, tomando el ceñidor, yo me obligo á volvérselo luego que me dé una prueba de sinceridad y de verdadera confianza. — ¿Pues acaso, replicó Alfonso enteramente cortado, tiene Vd. motivo para dudar de una y otra? — Y muy grande al ver que se vale Vd. para conmigo de artificios... — ¡Artificios! — Se avergüenza Vd., Alfonso, y con razon ; pero me atrevo á creer que si Vd. hubiera conseguido engañarme, su confusion seria mucho mayor. ¿Con qué cara hubiera Vd. tolerado en esta ocasion mis elogios si me hubiese admirado de su candor y generosa escrupulosidad? — ¡Ah, dijo Alfonso enternecido, ya veo que conoce Vd. mi corazon mejor que yo mismo!... Es cierto que buscaba un pretexto para hablar libremente de Dalinda. — ¿Y creia Vd. poderme engañar, y que yo le dejaria el ceñidor? — Yo mismo me engañaba... — Tampoco eso es verdad ; no nos es posible alucinarnos acerca de lo malo que puede haber en los motivos que nos hacen obrar. En vano busca nuestra razon pretextos especiosos para excusarnos : en vano nos decimos : *esta accion es noble, es justa*, el corazon y la conciencia dicen que no. — ¿Qué he hecho yo?... ¡Ah Thelismar! ¿Me habrá hecho perder para siempre su estimacion de Vd. esta

falta, cuya gravedad conozco ahora tan claramente? — No por cierto, la ingenuidad con que Vd. la conoce, el arrepentimiento que noto, la educacion descuidada que le han dado, y la poca reflexion de que aun es capaz me inclinan á disculparle. Si yo le creyese artificioso no esperaria nada bueno de Vd. ; pero á pesar de la falsedad de que acaba de valerse, conozco en Vd. franqueza y candor ; su corazon es sensible y generoso, y creo firmemente, querido Alfonso, que conseguirá Vd. corregirse de todos sus defectos. Esta conclusion consoló algun tanto á Alfonso, que se prometió desde luego no dejar pasar ocasion de manifestarle la mayor sinceridad y confianza.

Desembarcaron nuestros viajantes primeramente en la isla de Gorea¹ ; de allí se dirigieron á Rufisco², y desde Rufisco fueron por tierra hasta el fuerte de San Luis en el Senegal. Vieron á los *Sereres*, nacion de indios negros, cuyas costumbres puras y sencillas, juntamente con su hospitalidad, no dejaron de admirarlos : estas virtudes las deben sin duda á su amor al trabajo y á la agricultura ; lo que los distingue mas que todo de los demas indios, que en general son perezosos, y menosprecian el cultivo de las tierras.



Una tarde que Thelismar, Alfonso, y otros varios que caminaban con ellos, pasaban por un desierto árido, vieron un árbol maravilloso, cuya altura á la verdad no era mas que de setenta ú ochenta

¹ Esta isla pertenece á los franceses. Está á seis leguas del Cabo Verde.

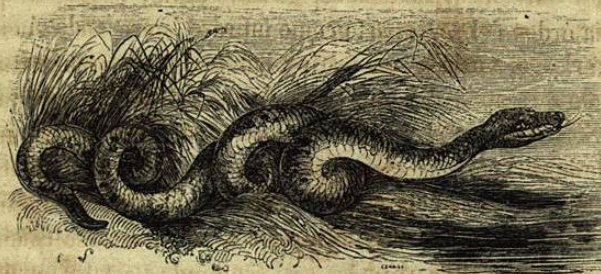
² Rufisco está á tres leguas de la isla de Gorea.

piés, pero su tronco enorme tendria unos noventa de circunferencia. Las primeras ramas de este árbol se extendian casi horizontalmente, y como eran sumamente gruesas y muy largas, su propio peso hacia que sus extremos llegasen casi al suelo, de manera que este árbol solo formaba un dilatado toldo capaz de contener bajo de su sombra trescientas ó cuatrocientas personas¹. Despues de haber admirado aquella rara produccion de la naturaleza, continuaron su viaje. Á poco trecho del árbol encontraron un leon tendido en el suelo que al parecer estaba muerto. Empeñóse Alfonso en irle á ver de cerca, y Thelismar le acompañó. Al acercarse conocieron que el animal estaba vivo, pero casi espirando : estaba tendido sin movimiento alguno ; tenia la boca entreabierta, ensangrentada y llena de hormigas. Alfonso se compadeció de él ; le limpió con su pañuelo la boca, quitándole todas las hormigas que le atormentaban, y despues sacando de su faltriquera una botella llena de agua se la hizo beber toda, en tanto que Thelismar tenia una pistola amartillada puesta contra una oreja del enfermo, por si acaso recobraba con demasiada prontitud su salud y fuerzas. Algo mas aliviado el leon, volvió los ojos á Alfonso, el que creyó notar en ellos alguna expresion de agradecimiento, y no le abandonó hasta que le hubo franqueado todos los socorros que pudo darle.

Yendo Alfonso y Thelismar á juntarse con su caravana, atravesaron un campo cubierto de yerba sumamente alta. Al salir de él, Thelismar, que iba delante, y que no advirtió un barranco bastante profundo; cayó en él y desapareció enteramente á los ojos de Alfonso. Llega este corriendo y ve á Thelismar sentado, que le dice que al caer se ha dado un golpe, y que no puede sin su ayuda levantarse ni seguir andando. Acércase Alfonso para cogerle en brazos, al mismo tiempo oye un silbido horrible, y repara al otro extremo del barranco enfrente de Thelismar una serpiente monstruosa matizada de varios y vivos colores, que tenia cerca de veinte piés de largo. Este monstruo se adelantaba serpenteando y levantando la cabeza hácia Thelismar, el que haciendo un esfuerzo para levantarse y huir no pudo tenerse en pié, y cayó tendido sobre la yerba. Alfonso se arroja al barranco, se pone entre Thelismar y la serpiente, y desenvainando su sable se precipita sobre el formidable

¹ Los franceses llaman á este árbol *calabacero* (baobab), y su fruta *pan de monos*.

reptil, dándole una cuchillada tan firme y segura que le divide en dos partes. Entónces acercándose á Thelismar le ayuda á levantarse



y le saca del barranco. Thelismar le abraza, diciéndole : Acaba Vd. de darme la vida, porque yo no podia ni defenderme ni huir ; la serpiente iba á arrojarse á mí, y su mordedura es mortal. Yo le prometo á Vd. que Dalinda sabrá este suceso. Alfonso demasiado enternecido para poder responder, le dió un estrecho abrazo. Poco á poco, dijo Thelismar sonriéndose, mire Vd. que tengo roto el brazo derecho... — ¡Oh Dios mio! exclamó Alfonso. — ¿Pues á no ser esto no me hubiera yo valido de mis armas? — Y no se ha quejado Vd. nada... — No es Vd., Alfonso mio, quien debe extrañar el valor en otros. — ¡Oh padre mio! no le tengo para verle á Vd. padecer. Vamos á alcanzar á los demas caminantes... Diciendo esto, levanta con cuidado á Thelismar, le pone sobre sus hombros, y á pesar de su resistencia le lleva sin pararse hasta el sitio en donde esperaban los demas viajeros.

Thelismar se vió precisado á detenerse en una choza de negros que le hicieron buena acogida. Llevaba en su compañía un cirujano que le curó el brazo, y al cabo de diez dias siguió su viaje. Llegaron al país de los Fulis. El rey de estos salvajes se llama Siratick; algunos viajeros dan tambien este nombre á sus estados. El Siratick acogió á los europeos con mucha humanidad, y les propuso si querian acompañarle á la caza de un leon que pocos dias ántes habia hecho grandes estragos en las inmediaciones. El rey, jóven y valeroso, queriendo hacer alarde delante de los extranjeros de su destreza y ánimo, quiso combatir con el leon. Luego que le descubrieron hizo detener á su comitiva y á los forasteros ; les dió orden de estarse quietos en sus puestos, y montado en un excelente caballo,